

E. Rey Tristán, « La inmediatez de la revolución o la pasión como clave de participación política. Los jóvenes uruguayos y la lucha armada en 1968 », *Atlante. Revue d'études romanes*, 4, 2016, p. 56-81. ISSN 2426-394X

**La inmediatez de la revolución  
o la pasión como clave de participación política**

**Los jóvenes uruguayos y la lucha armada en 1968**

Eduardo Rey Tristán  
Universidad de Santiago de Compostela

Hacia mediados de los años sesenta la juventud uruguaya, en sus aspectos básicos de conformación y participación en su sociedad, no parecía diferir mucho de la de épocas anteriores, más allá de los matices naturales de cada momento. Era una juventud integrada a un sistema sin conflictos sociales significativos y en donde la participación y el disenso se gestionaban en un equilibrio razonable entre la eventual protesta, el diálogo y la negociación. Y si bien es cierto que desde fines de los cincuenta la creciente crisis económica, por una parte, y diversas movilizaciones socio políticas habían comenzado a aportar nuevos discursos y propuestas organizativas, a mediados de la década todo ello todavía no había implicado ni una movilización juvenil generalizada, ni una situación de inquietud o descontento que pudiese anticipar una radicalización como la que se dio, especialmente entre los estudiantes, en 1968.

Por otra parte, no cabe duda que los jóvenes, especialmente los estudiantes, habían vivido en la década previa ciertas movilizaciones de interés por cuanto

fueron precedentes y como tal generaron fórmulas de organización, discursivas y de participación con un elevado valor simbólico y de aprendizaje. Se trató, en 1958, del conflicto por la reforma universitaria, al que seguiría un año más tarde y en adelante las primeras movilizaciones por y en defensa la revolución cubana. La primera implicó una magnífica y exitosa experiencia de protesta primero y negociación después. La segunda vinculó a parte de los jóvenes del momento con nuevos discursos político-ideológicos y comenzó a mostrar fórmulas organizativas y de acción distintas y hasta entonces no propias de los repertorios de movilización juvenil o estudiantil del país<sup>1</sup>. Ello no significó su generalización entre este sector de la población uruguaya, ni una radicalización de toda o una parte significativa de la misma. Pero sí la inclusión de nuevas ideas en el imaginario colectivo que seguirán influyendo en los años siguientes tanto en el grupo de edad que vivió aquellos acontecimientos como en los que le sucedieron al calor además de los sucesos de la región en la década.

Las nuevas ideas revolucionarias difundidas en América Latina a raíz del éxito del castrismo tuvieron también su impacto en el Uruguay, como ya ha sido analizado en otras ocasiones<sup>2</sup>. Y fueron una de las claves fundamentales para comprender la aparición de organizaciones armadas en el país en los siguientes años, así como la difusión de ciertos discursos radicalizados que propugnaban nuevas fórmulas de movilización, organización y acción en el ámbito social, tanto sindical como estudiantil, sobre todo. Pero la conjunción de ambos elementos no tendrá lugar hasta avanzado 1968, tras muchos meses de movilización estudiantil y a partir de la radicalización tanto de su acción como de la represión por parte de las fuerzas de seguridad.

---

<sup>1</sup> Acerca de la trayectoria de las movilizaciones estudiantiles hasta comienzos de los sesenta, véase Mark VAN AKEM, *Los militantes: una historia del movimiento estudiantil uruguayo desde sus orígenes hasta 1966*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria (FCU), 1990.

<sup>2</sup> Eduardo REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Sevilla, Universidad de Sevilla, CSIC-EEHA, Diputación de Sevilla, 2005.

En el presente artículo analizaremos esa conjunción, el proceso de radicalización del movimiento estudiantil a lo largo de 1968 hasta el punto en que una parte del mismo acabó convergiendo con las organizaciones armadas ya existentes en el país, especialmente el Movimiento de Liberación Nacional- Tupamaros. No es nuestra intención un análisis exhaustivo de las movilizaciones estudiantiles en aquel año, ya avanzado en trabajos previos y profundizado por otros autores posteriormente<sup>3</sup>.

El objetivo en esta ocasión es una reflexión en torno a aquellos elementos intangibles, caso de las motivaciones para militar en organizaciones clandestinas, para comprender por qué a partir de cierta deriva de las movilizaciones y los enfrentamientos con las fuerzas represivas que jugaron un rol fundamental en la movilización de los jóvenes entre 1968 y 1969 muchos de aquellos jóvenes estudiantes acabaron dando un salto cualitativo en su militancia; pasando de una movilización estudiantil y juvenil en las calles de Montevideo a través de fórmulas más o menos tradicionales (independientemente de su radicalización progresiva en 1968), a su inclusión en organizaciones armadas con objetivos de transformación social revolucionaria, entre otras. Ello nos permitirá reflexionar, sin duda, acerca del proceso de desarrollo de las organizaciones revolucionarias y del rol que desempeñaron en sus sociedades y momento.

El artículo se organizará en tres partes. En primer lugar haremos una breve síntesis de contexto, necesaria para acercarnos a las claves centrales del trabajo: el impacto de la revolución cubana en el Uruguay y la conformación de los primeros núcleos armados hasta la aparición del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) en 1966, así como su trayectoria hasta 1968; y las motivaciones, argumentos y repertorios del movimiento estudiantil uruguayo en este último año.

Con ello sentaremos las bases para abordar algunos de los argumentos centrales de la segunda parte del artículo: por un lado, las diversas motivaciones para la

---

<sup>3</sup> Sobre el tema, véanse Vania MARKARIAN, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012; Gonzalo VARELA PETITO, *El movimiento estudiantil de 1968: el IAVA, una recapitulación personal*, Montevideo, Trilce, 2002; E. REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya*, *op. cit.*, p. 392-416.

incorporación a organizaciones clandestinas que se observan entre el grupo fundacional (entre 1963 y 1966 aproximadamente) y el primer grupo de estudiantes que se incorpora a la clandestinidad en el año anterior a la movilización masiva (1967); y los estudiantes que desde la segunda mitad de 1968, tras su previa radicalización socio-política en los meses de enfrentamiento con las fuerzas de seguridad, se incorporarán a estructuras políticas (clandestinas principalmente, pero no solo) para intentar alcanzar sus (nuevos) objetivos por otros medios. Este proceso a su vez nos ayudará a comprender por qué una todavía pequeña organización clandestina a mediados de 1968 como era el MLN-T, pocos meses después logró pasar de grupúsculo con intenciones revolucionarias a organización político-armada con capacidad para desafiar al Estado uruguayo.

El trabajo se cerrará con una breve reflexión acerca del salto de la pasión política a la pasión militante, de las diversas motivaciones que se pueden apreciar en el proceso entre los diferentes grupos en función del momento, edad (parcialmente) y trayectoria de origen, y de aquellos factores que entran en debate en este momento, caso del contexto internacional, reflejado principalmente a través del factor contracultural ya destacado por algunos estudios sobre el caso para otras latitudes. Se trata, en definitiva, de comprender el origen, rol y desarrollo de los movimientos clandestinos en sus sociedades, pero no poniendo el foco solamente en los primeros (pues el árbol no siempre deja ver el bosque) sino intentando ampliarlo de modo que el objeto de estudio particular no nos nuble la comprensión global de la sociedad en la que tiene lugar.

### **De Cuba al MLN-T**

Es un hecho comúnmente aceptado por la historiografía que el triunfo de la Revolución cubana en enero de 1959 conllevó en los siguientes años una transformación radical en la política y sociedad de la región. Desde entonces y hasta los años noventa, en cada país del continente, en un momento u otro, con mayor o menor fortaleza y duración, aparecieron organizaciones de diverso tipo que

propugnaron una transformación radical y socialista de sus sociedades, generalmente a través de la acción armada<sup>4</sup>. El impacto de la Revolución cubana es la clave explicativa de la transformación política posterior, especialmente en la izquierda. Ésta, dominada hasta entonces por el comunismo, con presencia ocasional de socialistas y/o anarquistas según los países, comenzó un rápido proceso de reconfiguración en el cual surgieron nuevas visiones y, en consecuencia, propuestas organizativas, que no sólo reconfiguraron el panorama, sino que además lo dotaron de nuevos discursos.

La idea de revolución, vinculada tradicionalmente a esas alturas a la visión comunista fundamentada en el partido como protagonista y la clase obrera como sujeto central, pasó a ser cuestionada por nuevos o renovados militantes, según los casos, en donde el partido perdía su centralidad y los obreros eran sustituidos por los campesinos. Era una lectura que bebía directamente de las lecturas realizadas por los principales líderes cubanos (Castro y Guevara) a los que pronto se sumará alguno de sus teóricos de referencia para la lucha armada (Debray). En consecuencia desde 1959 cambiaban también los repertorios de organización y acción privilegiados para la consecución de la revolución: el partido era sustituido por el foco (más adelante por otra concepción de organización armada de vanguardia), y la lucha política y sindical que desempeñaban los comunistas asiduamente allí donde estaban legalizados, en función de las estrategias desarrolladas desde el VII congreso de la Komintern en 1935, sustituida por la lucha armada de carácter rural en sus inicios, si bien la propuesta variará a lo largo de la década<sup>5</sup>.

La revolución pronto pasó a ser no tanto sinónimo de una transformación política y social radical y socialista, sino en buena medida de la estrategia para

---

<sup>4</sup> Alberto MARTÍN ÁLVAREZ y E. REY TRISTÁN, «La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis», *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea], 2012, n° 9.

<sup>5</sup> Sobre el impacto de Cuba, sus teorizaciones y su rol en la definición de la lucha armada en América Latina, véase el trabajo clásico de Robert F. LAMBERG, *La guerrilla en Latinoamérica*, Madrid, Editorial Mediterráneo, 1979.

llevarla a cabo, la lucha armada guerrillera. Revolucionarios por tanto pasarían a ser quienes tomaban las armas y se organizaban para la consecución de aquellos objetivos de transformación radical, mientras que a quienes defendían las vías llamadas « tradicionales » de acción política pasó a considerárseles « reformistas ». Con ello nacía una dicotomía entre ambos grupos que no sólo provocó agrios enfrentamientos en cada país en su momento, sino que se ha arrastrado hasta la producción académica actual, sin que haya un consenso establecido entre conceptos y protagonistas.

Pero más allá de aquel debate, que no es el que corresponde en este trabajo ni por tema ni por espacio, su mención es precisa para comprender la división de la izquierda desde los sesenta en dos sectores habitualmente opuestos, enfrentados, que generaron diferentes lecturas de sus sociedades y de la actuación en ellas, distintas estrategias políticas y repertorios de acción. Nacía lo que vino a denominarse una Nueva Izquierda, que se definía en buena medida por su propuesta de acción y su discurso renovado en línea con las transformaciones políticas de la década inauguradas por la Revolución cubana, y que encontramos en general en toda la región así como en Europa o Estados Unidos<sup>6</sup>.

Esas nuevas propuestas que nacen en el seno de la izquierda en los sesenta en América Latina, a diferencia de lo ocurrido en otras latitudes, estuvieron estrechamente vinculadas con la lucha armada. La influencia partía de Cuba sin duda, del éxito del castrismo y de los escritos y discursos de sus líderes, especialmente Guevara y Castro respectivamente. Pero la iniciativa generalmente era local, respondía a la materialización de las ideas que se circulaban con fuerza desde 1959, alimentadas por la evolución del castrismo y por la difusión de una

---

<sup>6</sup> Una definición sintética y concisa de la nueva izquierda puede encontrarse en Kepa ARTARAZ, *Cuba y la nueva izquierda. Una relación que marcó los años sesenta*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2011. Sobre su impacto y difusión a escala internacional, el análisis más reciente y global es el que se recoge en A. MARTÍN ÁLVAREZ y E. REY TRISTÁN, *Revolutionary Violence and the New Left. Transnational Perspectives*, New York and London, Routledge, 2016.

lectura particular de las sociedades latinoamericanas y la interpretación de sus posibles vías de transformación.

Surgen además nuevos actores en el proceso. Sin duda las estructuras ya organizadas de la izquierda sufrieron las polémicas abiertas en su seno desde 1960, tanto por influencia del castrismo como por la polémica chino-soviética. También los partidos socialistas y hasta las organizaciones anarquistas, allí donde existían. Y todos ellos, con diferencias en forma y número según los casos, vivieron debates, escisiones y/o salidas de militantes que pasaron a engrosar las filas de las nuevas propuestas de acción armada. Con todo, no parecen haber sido el grueso de la militancia que alimentó las nuevas organizaciones. Éste lo constituyó sin duda, y en prácticamente todos los países de la región sin excepción, juventud (en buena medida estudiantil) que hasta la fecha no había tenido una participación política activa, o que entraría en esta muy joven al calor de la difusión político-ideológica del castrismo en los sesenta.

En el caso uruguayo la conformación de los primeros grupos militantes que empezaron a pensar en la lucha armada tuvo lugar a inicios de los sesenta, impacto de la Revolución cubana. Pero no tanto porque ésta suscitase desde el inicio un proyecto en torno a la actividad armada, sino por cuanto movilizó voluntades hacia un cambio político y social avanzado que hasta ahora no había estado en la agenda de modo tan nítido. Sus protagonistas iniciales fueron jóvenes militantes de partidos de izquierda, principalmente socialistas, que por una parte tuvieron relación desde 1959 con el sindicalismo agrario del noroeste del país, mientras que por otra lucharon internamente en su partido en busca de un cambio de orientación respecto al liderazgo tradicional de su fundador. No cabe duda que quienes hicieron lo segundo y desde 1960 consiguieron hacerse con el poder del Partido Socialista Uruguay (PSU), no fueron los mismos que poco después se vincularon a la lucha armada. Pero sí, todos partían de una sensibilidad nueva, con un fuerte componente generacional, e influidos por la Revolución cubana. Ello es lo que nos explica las propuestas políticas que encabezaron en los primeros

sesenta: un frustrado proyecto de reforma constitucional y una coalición política con otros sectores, incluidos algunos provenientes de los partidos tradicionales, de cara a las elecciones de 1962.

El vínculo con el sindicalismo rural correspondió de inicio a otro joven militante socialista, Raúl Sendic, si bien ya de larga trayectoria. Su tarea en la creación del sindicato Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas en torno a 1959-1960, así como las movilizaciones impulsadas por éste en su lucha por derechos sociales y laborales, sería a la larga una de las claves de la constitución del principal movimiento revolucionario armado en el Uruguay, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T). Al grupo de Sendic deberemos sumar otros militantes desgajados del PSU, algunos jóvenes sin militancia previa que entran a la movilización socio-política al calor del impacto de la Revolución cubana con no más de 20 años en 1960, y otros elementos aislados que se desgajan de sus matrices políticas en la izquierda.

1962 fue un año crucial. La amplia movilización social posterior a la Revolución cubana, o en torno a los trabajadores cañeros, entre otros, así como la renovación de los dos grandes partidos de izquierda, socialista y comunista, y su reconfiguración político-electoral en coaliciones más amplias para las elecciones de aquel año, habían creado esperanzas de crecimiento político entre la izquierda y los nuevos sectores que comenzaban a movilizarse. El fracaso electoral, con el hundimiento del PSU y el trasvase de votos (que no crecimiento en términos absolutos) al Partido Comunista (PCU), fue leído por parte de aquellos militantes como la muestra de la imposibilidad de cambios por las vías legales y, por tanto, la inevitabilidad de prepararse para la acción armada.

Desde 1963 emprendieron esa tarea, y entre fines de ese año y fines de 1965 se asistirá a un amplio debate entre grupúsculos radicales de diversas tendencias en torno al tema, las posibilidades organizativas y de acción. Concluirán, finalmente, con la constitución del MLN-T en enero de 1966, y la separación de aquellos núcleos (anarquistas y pro-chinos principalmente) con propuestas orientadas hacia



nuevas formas de acción político-social, pero no coincidentes con el carácter foquista (si bien reinterpretado al ámbito urbano) de la nueva organización.

Entre su nacimiento a comienzos de 1966, con no más de medio centenar de militantes, y mediados de 1968, en que gracias a un crecimiento lento y en los círculos militantes y personales más próximos habían alcanzado y superado levemente el centenar de miembros, el MLN-T fue una organización marginal y no significativa en la política uruguaya. Habían sido descubiertos pública y policialmente casi por casualidad a fines de 1966, y durante el siguiente año tuvieron algún enfrentamiento fortuito con las fuerzas de seguridad. Pero no eran ni una amenaza ni una preocupación severa para el gobierno uruguayo, que enfrentaba en cambio una movilización social muy severa, tanto entre estudiantes como entre diferentes sectores de trabajadores, a la que nos referiremos a continuación. En vísperas del estallido social de mediados de 1968 en Montevideo, el MLN-T era más un grupúsculo conspirativo que una organización revolucionaria. Habrían de ser las movilizaciones de ese año, así como la respuesta gubernamental a las mismas, las que le permitirían dar el salto de un perfil a otro, tema central que abordaremos en este trabajo.

### La movilización estudiantil del 68

La movilización de los estudiantes uruguayos en 1968 se inició a comienzos del mes de mayo<sup>7</sup>. Su detonante fue un hecho local, singular y que en cualquier otro contexto o momento podría haber pasado nada más que como un mínimo conflicto o protesta como tantas otras que se pueden dar a lo largo del tiempo: una subida

---

<sup>7</sup> La principal fuente de detalle de los acontecimientos de aquellos meses y de las movilizaciones estudiantiles y sus participantes la proporcionan, además de las fuentes hemerográficas al uso, los trabajos coetáneos de Carlos BAÑALES y Enrique JARA, *La rebelión estudiantil*, Montevideo, Arca, 1968; y Roberto COPELMAYER y Diego DÍAZ, *Montevideo 68: la lucha estudiantil*, Montevideo, Diaco, 1969. Además es de interés la consulta de Jorge LANDINELLI, *1968: la revuelta estudiantil*, Montevideo, Universidad de la República, 1988, Hugo CORES, *El 68 uruguayo: los antecedentes, los hechos, los debates*, Montevideo, Ed. Banda Oriental, 1997, y el citado trabajo de G. VARELA PETITO, *El movimiento estudiantil...*, *op. cit.*

del billete estudiantil del autobús por parte de las autoridades municipales, que fue contestado por los estudiantes a través de los repertorios de protesta habituales: manifestaciones, movilizaciones puntuales, demandas y hasta ciertas negociaciones<sup>8</sup>. Era un tema sensible por su repercusión en las economías personales y familiares en una época de creciente crisis económica y devaluación de la moneda. Pero si bien ese contexto ayudó a que este hecho tuviese un impacto directo en los estudiantes, no explica el devenir de la movilización.

Ésta fue incrementando su radicalidad en las semanas siguientes. Las denuncias eran cada vez más graves, y de las piedras se pasó a botellas con gasolina o pequeñas bombas incendiarias para el ataque de los vehículos, y en la segunda mitad de mayo las ocupaciones de liceos ya afectaban a la casi totalidad de los centros de Montevideo<sup>9</sup>. A partir de fines de mes la dinámica basculó entre negociaciones que implicaron de inicio la retirada del proyecto de subida lo cual calmó los ánimos y las protestas de los estudiantes, a la confirmación del alza y la ruptura del diálogo, lo que generó desde fines de mayo un cambio ya radical en la escalada de las movilizaciones. Por una parte comenzaban a unirse los estudiantes universitarios, y por otra se pasaba a choques abiertos con la policía, detenciones masivas, procesamientos, quema de vehículos o apedreamientos de comercios<sup>10</sup>. Pronto llegaron también los primeros heridos de bala, lo que daba al conflicto un cariz preocupante.

---

<sup>8</sup> Aunque hubo ciertos niveles de violencia en las calles de Montevideo en los primeros días de las protestas, estos no eran muy diferentes de los de otras movilizaciones previas. La prensa reflejaba en aquellos días cortes de tráfico, ocupaciones de liceos o incluso pedradas contra autobuses en algunos barrios. Tampoco la policía tuvo una reacción diversa o más brusca que en otras ocasiones, y tanto movilización como reacción circularon inicialmente por los cauces y prácticas establecidas. Véase el diario *El País*, Montevideo, 11 a 15 de mayo 1968; y la valoración realizada por G. VARELA PETITO, *De la república liberal al Estado militar: crisis política en Uruguay, 1968-1973*, Montevideo, Nuevo Mundo, 1988.

<sup>9</sup> Véase el diario *El País*, Montevideo, 16 de mayo de 1968 y siguientes.

<sup>10</sup> Acerca de cifras relativas a la movilización de aquellos meses y la conflictividad social, véase J. LANDINELLI, 1968..., *op. cit.*, p. 79.

La escalada acción-represión fue subiendo de cota a lo largo del mes de junio. El día 13 el gobierno decretó Medidas Prontas de Seguridad<sup>11</sup>, por lo que el inicial conflicto por una subida del billete pasaba a ser una cuestión de gravedad nacional y a afectar derechos y libertades. Los encierros de los estudiantes fueron reprimidos por las fuerzas policiales en las siguientes semanas, y llegaron a darse registros en instalaciones universitarias. Las noticias en los medios acerca de los resultados de esos registros hablaban ya de materiales de violencia callejera que superaban con creces la espontaneidad y los repertorios de protesta habituales: grampas metálicas para las ruedas de los vehículos policiales, cócteles molotov, petardos de fabricación casera y, según los medios, hasta revólveres y folletos con instrucciones para disturbios callejeros<sup>12</sup>.

Las demandas de los estudiantes, a esas alturas, ya no eran solamente por el billete estudiantil: se pasó primero al billete popular, como expresión de solidaridad con el resto de la población, y de ahí a reclamar la nacionalización del transporte público. La respuesta gubernamental no ayudaba a calmar la situación. De las medidas de seguridad de junio se pasó a la violación de la autonomía universitaria y, ya a mediados de agosto, a la muerte del primer estudiante por disparos de la policía. La espiral de violencia se autoalimentaba por ambos bandos, y a Líber Arce, el estudiante asesinado en agosto, se le sumaron a comienzos de septiembre otros dos, Hugo de los Santos y Susana Pintos, también por disparos de la policía.

Sin duda estas tres muertes marcan un punto de no retorno en la movilización de la época. Como declaraba un estudiante entrevistado en aquellas semanas, «el asunto es que si después de tres muertes permanecemos quietos somos todos y

---

<sup>11</sup> Recurso constitucional de limitación de derechos. Su definición implica un doble control de legitimidad y pertinencia por el poder Legislativo, que debe decidir sobre su conveniencia y duración. Pero aquel 13 de junio de 1968 se inauguró un período de más de tres años, hasta avanzado 1971, en que el país vivió casi continuamente y con excepción de pocas semanas bajo medidas de seguridad, contraviniendo el Ejecutivo las resoluciones del Legislativo y generando importantes conflictos entre poderes.

<sup>12</sup> Véase el diario *El País*, Montevideo, 10 de agosto de 1968.

cada uno de nosotros un poco asesinos»<sup>13</sup>. La represión con armas de fuego, por tanto, puso límites a las posibilidades de la movilización a través de los repertorios estudiantiles tradicionales. «Papel contra bala no puede servir, canción desarmada no enfrenta fusil», cantaba por entonces Daniel Viglietti en *Sólo digo compañeros*<sup>14</sup>. Los elementos reivindicativos de la movilización derivaron definitivamente hacia otros de cariz político radical, que fue el predominante hasta el final de las movilizaciones en octubre<sup>15</sup>.

Y si bien los estudiantes volvieron a las clases en aquel mes y decayeron las protestas públicas, esto a la larga no parece haber significado su desmovilización ni vuelta a los cauces establecidos, sino el momento en el que comienza a darse un salto cualitativo en su perspectiva movilizadora. «Muchos llegaron a la conclusión de que una etapa de movilización había terminado y era necesario realizar acciones más comprometidas y definidas hacia métodos violentos»<sup>16</sup>. Y ese fue el mensaje que transmitieron a sus compañeros al retorno a las aulas, con lo que comenzaremos a ver los posicionamientos estudiantiles respecto a los grandes debates de la izquierda del momento, así como sus nacientes vínculos con las estructuras políticas y de acción ya organizadas.

### **Caminos a la clandestinidad**

No es sencillo interpretar por qué alguien decide, en cierto momento y contexto vital, dar el paso definitivo bien para formar una organización clandestina o bien para entrar en ella. Tampoco suele ser sorpresivo, que se pueda ubicar en un momento determinado y que podamos achacarlo a una decisión irreflexiva. Desde luego no en el primer caso, y podrían caber tantas dudas como ejemplos personales en el segundo.

---

<sup>13</sup> R. COPELMAYER y D. DÍAZ, *Montevideo 68...*, *op. cit.*, p. 47.

<sup>14</sup> Luis COSTA BONINO, *La crisis del sistema político uruguayo. Partidos políticos y democracia hasta 1973*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1995, p. 199.

<sup>15</sup> V. MARKARIAN, *El 68 uruguayo...*, *op. cit.*, p. 47.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 64.

Comencemos por aquel grupo de militantes que, a partir de 1963, empieza a dar forma a una idea que, en los años siguientes, sería una organización: el MLN-T. Como señalábamos en la primera parte del artículo, en el que quisimos hacer una mera síntesis que nos diese las claves básicas para comprender el proceso, la creación del MLN-T no fue cuestión de un día ni de dos, es decir, de un exabrupto juvenil poco meditado. Como ya ha quedado de manifiesto en algunas obras citadas y que analizaron el tema con detalle, la izquierda uruguaya vivía un profundo proceso de transformación desde la segunda mitad de los cincuenta. En aquellos debates políticos y disputas organizativas influyó sin duda el triunfo de la Revolución cubana. Lo hicieron también otros elementos cuya explicación es estrictamente local, como la organización del sindicalismo agrario en el noroeste del país por parte de militantes socialistas. Todo ello dio pie, a comienzos de los sesenta, a una efervescencia que, sin tener un componente estrictamente generacional, sí afectó a muchos jóvenes en una franja de edad relativamente amplia entre los 15 y los 30, diversa de la que encontraremos en 1968, muy centrada y vinculada con la vida estudiantil en secundaria sobre todo y, en menor medida, en la universidad que serían los protagonistas de las principales disputas políticas y organizativas de la izquierda en la década.

Las experiencias políticas y de movilización sindical, de 1960 a 1964 sobre todo, tuvieron mucha influencia en sus decisiones y motivaciones. Los fracasos políticos citados para 1961 (proyecto de reforma constitucional) y 1962 (elecciones) fueron detonantes en buena medida, sumados a las luchas en apoyo de los trabajadores cañeros del noroeste del país, para que muchos de aquellos jóvenes militantes se encontrasen, debatiesen, y pensasen en «otras vías»; en reflexionar, en definitiva, en cómo impulsar una transformación del sistema a partir de cauces no institucionales, pues estos habían resultado inviables en los años inmediatamente anteriores a pesar de la efervescencia militante generada por el impacto del triunfo castrista.

Nos encontramos por tanto con un grupo cuyas motivaciones para dar los pasos que a la larga derivaron en la creación de una organización clandestina, fueron

fruto de un proceso temporalmente amplio, de varios años. Incluso cuando a partir de 1963 unos pocos de entre todos aquellos que giraban en torno a ciertos núcleos militantes (socialistas, pro castristas, movimiento de apoyo a los trabajadores cañeros, entre otros) comienzan a hablar de realizar alguna acción que deslindase posiciones entre quienes se planteaban dar pasos pero sin definir todavía hacia dónde, es poco probable que supiesen o hubiesen definido previamente a dónde les llevarían esos pasos.

La acción fue un robo de armas el 31 de julio de 1963, hecho hoy considerado casi fundacional y mitificado por la organización<sup>17</sup>. Pero la realidad es que entonces se trataba casi de un desafío autoimpuesto: había que atreverse a hacer algo que los pusiese en el borde de la legalidad, algo que implicaba no sólo hablar de la revolución y de la transformación socio-política, sino sentir y afirmar que ellos mismos estaban dispuestos a practicarlo. No se desafiaba la legalidad. Se desafiaba cada uno a sí mismo, y los militantes que lo promovieron desafiaban al resto de compañeros que bien podían no estar de acuerdo en ese paso en lo personal, o bien diferían en su estrategia en lo político.

Lo cierto es que la clandestinidad de Raúl Sendic a raíz del descubrimiento de lo ocurrido por parte de la policía obligó a seguir debatiendo y tomando decisiones en torno a la eventual lucha armada, sus formas, su organización y sus repercusiones. Ese proceso, que se estiró desde la segunda mitad de 1963 hasta fines de 1965, y que es conocido como la etapa del Coordinador de los grupos<sup>18</sup>, es crucial en cuanto al tema que nos ocupa. Hablamos de varios años de reflexión, de debate, de estudio de posibilidades, de lectura de obras en torno a la cuestión por parte de algunos de aquellos militantes; esto es, de una toma de conciencia sólida en torno a lo que querían hacer.

---

<sup>17</sup> Desde hace algunos años aquellas armas robadas, que resultaran inútiles como tales y que fueran escondidas durante décadas, fueron recuperadas y decoran parte del local de la organización en el centro de Montevideo.

<sup>18</sup> Sobre el tema véase Rolando W. SASSO, *Tupamaros: los comienzos*, Montevideo, Fin de Siglo, 2010; y E. REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya...*, *op. cit.*

No se trató por tanto del resultado de un proceso de radicalización súbito y poco meditado; ni afectó a jóvenes sin experiencia política que dan el salto a la clandestinidad a raíz de una coyuntura puntual. Esto es, no fue una frivolidad resultado de la emoción de un momento, unas luchas o un ejemplo visto en otras latitudes. Se trató de una decisión madura fruto de un proceso político, social y personal dilatado de casi un lustro; a lo largo del cual algunos se alejaron, bien por no dar el paso en lo personal o bien por discrepar en lo político o lo estratégico, pero otros fundamentaron sus convicciones y siguieron adelante a partir de ellas.

Esto no significa que el proyecto fuese más o menos acertado, pues no es ese el debate. Destacamos sobre todo que el nacimiento del MLN-T más allá de que debemos mencionar el contexto post-revolución cubano, la aparición de organizaciones armadas a lo largo y ancho de la región en la década y de las ideas circulantes en ciertos sectores de la izquierda a escala regional e internacional, es fruto de una reflexión sólida por parte de sus militantes fundadores, de un núcleo relativamente pequeño, posiblemente no más de 25 personas, pero concienciado del paso que daban.

La reflexión nos resulta de sumo interés, pues ésta es una cuestión poco abordada por la literatura académica especializada en torno al tema, y sólo presente en aquella de carácter testimonial o memorial por cuestiones obvias. Sin ella no entendemos por qué jóvenes que ya tenían un cierto bagaje político<sup>9</sup>, que además no carecían de capacidades intelectuales ni de formación o experiencia militante en diversa medida, se embarcan en un proyecto que podía implicarles no sólo una alteración definitiva de su situación vital, sino eventualmente la vida misma, como a esas alturas ya habían comprobado muchos otros jóvenes que, en otros países, intentaran ensayar fórmulas que emulaban la victoria castrista.

---

<sup>9</sup> E. REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya...*, *op. cit.*, p. 129-136, muestra cómo en el caso del núcleo de origen socialista buena parte de sus miembros militaban desde fines de los cuarenta en sus sectores juveniles o desde inicios de los cincuenta en la organización, lo que implica una militancia muy temprana por una parte, pero al tiempo ya consolidada cuando en los primeros sesenta piensan en dar un salto cualitativo en su carácter.

En enero de 1966, fecha de nacimiento del MLN-Tupamaros, el grupo no alcanzaba siquiera el medio centenar de militantes<sup>20</sup>. Se trataba de una organización reducida, clandestina, estructurada en células mayoritariamente en Montevideo, y que desde entonces se dedicaría, sobre todo, a la consolidación de la estructura clandestina y a la obtención de los recursos (armas, dinero, material para falsificaciones, locales). El crecimiento aún no era la prioridad principal, al menos en el primer año. Sin la consolidación de la estructura clandestina no sólo no resultaría útil, sino que además sería peligroso. Se dio sólo de forma natural, esto es, a través de relaciones preexistentes con militantes políticos y sindicales, siempre a título personal y en el marco de cada célula<sup>21</sup>.

Durante 1966 la organización prácticamente no creció: se pueden contabilizar a duras penas docena y media de incorporaciones, más allá de puntuales lagunas en las investigaciones al día de hoy. No crecería de forma algo significativa hasta el año siguiente. Para entonces el MLN-T había salido a la luz pública a raíz de un enfrentamiento fortuito con la policía que implicó la primera muerte de un militante tupamaro, y la necesidad de recurrir a todos los contactos posibles en el seno de la izquierda para esconder la estructura que había alcanzado al resto de miembros de la organización identificados<sup>22</sup>.

Entre esos contactos y relaciones personales se encontraban las establecidas con jóvenes estudiantes universitarios que tenían además posiciones ideológicas próximas. El principal ejemplo que ha arrojado nuestra investigación fue el de la *Agrupación Revolucionaria Estudiantil de Arquitectura (Area 3)*, al que pertenecieron muchos jóvenes que luego fueron destacados militantes de la organización. Entre ellos se cuenta a las hermanas María Elena y Lucía Topolansky o Efraín Martínez Platero. Una lista de candidatos a elecciones universitarias en aquel año arroja un

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, para conocer el detalle de la formación del MLN-T, de los diversos grupos de militantes que lo componían y de sus trayectorias en los años previos.

<sup>21</sup> Entrevista del autor con Julio Marenales Sanz, miembro fundador del MLN-T, Montevideo, agosto 1998.

<sup>22</sup> Eleuterio FERNÁNDEZ HUIDOBRO, *Historia de los Tupamaros*, Montevideo, TAE, vol. 3, 1987, p. 146-147.



saldo de once sobre veintidós nombres de la lista que en aquellos meses o en los siguientes comenzaron a militar en el MLN-T<sup>23</sup>. Cabe incidir en que fueron las relaciones personales y un posicionamiento ideológico previo las que acercaron a aquellos militantes estudiantiles al MLN-T, y no la relación con éste la que los llevó a la militancia universitaria.

Las motivaciones de este grupo juvenil para su entrada en el MLN-T vienen por tanto de una experiencia militante estudiantil, pero con un perfil sobre todo político. Esto es, a diferencia de quienes llegaron de esas filas a partir de mediados de 1968, estos jóvenes se encontraban ya en cursos avanzados en la universidad, tenían experiencia en la militancia en sus organizaciones y posiciones político-ideológicas próximas a las defendidas por el MLN-T<sup>24</sup>. Su incorporación no fue resultado tampoco de las luchas de 1968 ni de una radicalización repentina en un contexto altamente ideologizado y de posturas enfrentadas. Era, en ese sentido, una zona de crecimiento natural para una organización que hasta el momento había incrementado su militancia muy lentamente y a partir, sobre todo, de relaciones personales entre gente con experiencia militante y cierto grado de conciencia política.

1968 en cambio marcó un giro de 180 grados en este sentido. Como hemos visto, la movilización estudiantil fue creciente entre marzo y septiembre. Sus causas de inicio no fueron políticas, si bien la dinámica del conflicto llevó a una progresiva radicalización no sólo en los repertorios de acción, sino también en las demandas

---

<sup>23</sup> «Area 3: Candidatos a la Directiva. Candidatos a la Comisión Fiscal», documento cedido por Lucía Topolansky Saavedra, militante de la lista, miembro del MLN-T desde meses después, y destacada militante política desde la inserción del MLN-T en la legalidad en los años ochenta. Entrevista realizada por el autor con Lucía Topolansky Saavedra, Montevideo, noviembre 2000, siendo Topolansky diputada del MLN-T.

<sup>24</sup> «AREA 3» por ejemplo era una lista que agrupaba a militantes de izquierda no comunista, que sostenían una postura que denominaban «revolucionaria, nacional y latinoamericana», propia de lo que en la época se denominaba *Tendencia Combativa* en el movimiento estudiantil y sindical. Por tal se entendía aquellas posiciones de acción política y sindical más combativas y con postulados próximos al revolucionarismo de corte castrista e influenciado por la Revolución cubana que en aquellos años se extendía por el continente. Sobre esta *Tendencia* véase E. REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya...*, op. cit., p. 371-416.

de los desafiantes. Del billete estudiantil del bus se pasó al social y finalmente a reivindicaciones de calado que cuestionaban la línea política imperante.

Pero fue sobre todo la dinámica acción-represión la clave para entender la afluencia de estudiantes al MLN-T. La implantación de medidas de seguridad en junio y, sobre todo, las primeras muertes de estudiantes entre agosto y septiembre, dispararon el interés de muchos jóvenes por incorporarse a las estructuras tupamaras. Y en este caso ya no se trataba, como el año anterior, de estudiantes avanzados y con experiencia en la militancia y las organizaciones estudiantiles. Muchos llegaron de secundaria, sobre todo inicialmente, donde apenas habían tenido tiempo ya no de adquirir experiencia militante en el ámbito estudiantil, sino siquiera formación política. El crecimiento del MLN-T desde fines de 1968 y en 1969 fue explosivo, nutrido principalmente desde las filas de la radicalización estudiantil. El modelo de incorporación a partir de contactos personales, relaciones, experiencia militante y diálogo paulatino fue sustituido en pocos meses por la asimilación de numerosos jóvenes cuyas motivaciones, más allá de su licitud y que fueran alimentadas por la contracultura creciente en aquellos años, provenían en buena medida de una radicalización súbita, concentrada en pocos meses, y alimentada casi exclusivamente por su experiencia de lucha callejera contra las fuerzas de seguridad.

Es preciso señalar que el MLN-T no tuvo implicación alguna en las movilizaciones estudiantiles de 1968, aunque en los años siguientes sí estaría presente en la organización estudiantil a través de grupos específicos que, en cierto modo, aunque con relativa flexibilidad, trasladaban sus posiciones. La movilización fue autónoma respecto a los grupos políticos de la izquierda, legales o no, si bien luego alimentó las filas de todos ellos. Pero no fue manejada por ninguno, al menos en los meses cruciales de 1968<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Markarian ha destacado que ni siquiera la cobertura periodística de la época relacionaba al MLN-T con el movimiento general de protesta política y social de aquellos meses (V. MARKARIAN, *El 68 uruguayo...*, *op. cit.*, p. 64).

Fernández Huidobro, fundador y uno de los principales dirigentes de la organización, ha señalado que ellos a mediados de 1968 «hacían seguidismo del movimiento estudiantil», que iba por delante en cuanto al enfrentamiento político con el régimen de Pacheco Areco: «nosotros éramos guerrilla, los estudiantes tenían más muertos que nosotros [...]. Entonces, ¿qué guerrilla es esta que está superada por las masas?, pero no sólo superada por las masas, sino que, las masas le agendan», explica refiriéndose a la necesidad de secuestrar a Ulises Pereyra Reverbel en el mes de agosto tanto para contestar la política sindical represiva como para mostrar sus credenciales en un momento de máxima conflictividad social<sup>26</sup>

Las motivaciones de los jóvenes estudiantes uruguayos para ingresar en una organización clandestina, las interpretamos en el plano del análisis de oportunidades, sin que ello signifique necesariamente una meditación políticamente elaborada por parte de cada uno de ellos en particular. Nos referimos, por una parte, y en el plano personal y racional, a que muchos jóvenes uruguayos reaccionaron a una coyuntura particular: su movilización nació por razones no políticas ni con trasfondo ideológico; pero la respuesta ante ellas fue radical y pronto sí adquirió, con las medidas de seguridad de junio, una lectura ideológico-política. A partir de ahí la dinámica acción-reacción fue creciente hasta la muerte de los estudiantes en agosto y septiembre. Como representaba la síntesis literaria de Viglietti, la respuesta ante las armas no se entendía desde la movilización pacífica: la cultura juvenil dominante tras el éxito de la Revolución cubana, enmarcada además en el 68 en el plano contracultural global, pasaba por asumir la violencia como una respuesta posible y, en cierto modo, necesaria para la transformación social.

Por tanto la respuesta de muchos jóvenes fue buscar espacios de confrontación con la doble condición de seguridad y salto cualitativo en su militancia, ante la

---

<sup>26</sup> Entrevista del autor con Eleuterio Fernández Huidobro, Jorge Torres y David Cámpora, miembros del MLN-T, Montevideo, diciembre 1999.

certidumbre de que era preciso dar un salto cualitativo que igualase el del la respuesta gubernamental. Y esos espacios solo los aseguraban las organizaciones existentes, con diferentes propuestas según la tendencia ideológica de cada uno: armada y foquista (MLN-T), anarquista (Federación Anarquista Uruguaya) y posteriormente la Resistencia Obrero Estudiantil (FAU-ROE, nacida la última al calor de este despegue de militancia generado en 1968) o comunista (Partido Comunista Uruguayo), entre otros.

El MLN-T fue una opción muy atrayente, al igual que sin duda lo fue el PCU y sus sectores juveniles<sup>27</sup>. El primero contaba con cierta aureola mística fundamentada en su accionar y por representar, en cierto modo, los valores y estrategias de lucha armada heredados de la Revolución Cubana, que conservaban un importante peso en las sociedades latinoamericanas del momento. Recuérdese que en octubre de 1967 además había muerto el Che, representante por excelencia del hombre nuevo, de aquella aspiración casi de redención que parecía alcanzable solamente a través de la lucha revolucionaria, y que precisamente desde 1968 se había iniciado su transformación en icono revolucionario global.

Y si bien no hay datos precisos de militancia a partir de fines de 1968 o comienzos de 1969 (momento para el cual se estimaba formaban el Movimiento alrededor de 200 personas<sup>28</sup>), hay consenso generalizado en la producción sobre la organización del gran «engorde» (como se denominó en su jerga interna) de la organización desde 1969 debido fundamentalmente a la entrada masiva de estudiantes procedentes de las movilizaciones de los meses anteriores. Entre ellos el predominio fue, sobre todo, de secundaria, donde destacó una organización que fue cantera continuada para el MLN-T en los siguientes años: el Frente Estudiantil Revolucionario (FER). Éste había nacido en el principal centro de secundaria donde se cursaba el ciclo que daba acceso a la universidad. Su crecimiento desde 1968 fue explosivo y a él se vincularon todos los grupos y militantes críticos con la

---

<sup>27</sup> V. MARKARIAN, *El 68 uruguayo...*, op. cit., p. 93.

<sup>28</sup> E. REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya...* op. cit., p. 133-136.

línea comunista en secundaria, representada por la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay (CESU), y que defendían la línea más radical en las demandas y movilizaciones más intensas de 1968<sup>29</sup>. No fueron los únicos grupos entre los estudiantes que representaban la tendencia combativa a la que ya nos hemos referido, como ha sido señalado en investigaciones sobre el tema<sup>30</sup>, pero sí los que tuvieron las posiciones más radicales y confrontacionales y que, finalmente, se vincularon y nutrieron al MLN-T, entre otros.

En todo caso cabe señalar que los estudiantes que se movilaron en 1968 lo hicieron de modo autónomo, como han explicado las dos principales investigaciones sobre el tema ya citadas en los párrafos precedentes. Y el resultado de aquel proceso, finalmente, fue el encuentro entre las diferentes sensibilidades estudiantiles con aquellos grupos ya organizados con los que eran más afines o coincidentes, bien comunistas o bien Tupamaros, sin olvidarnos de anarquistas u otras organizaciones menores. Pero el crecimiento de estas organizaciones, especialmente el MLN-T, «fue la consecuencia y no la causa primordial del proceso de radicalización juvenil en las movilizaciones iniciadas en mayo de 1968»<sup>31</sup>.

Y esa consecuencia fue definitiva para la consolidación del MLN-T como actor político relevante en el país a partir de 1969. El crecimiento de sus militantes coincidió con otras circunstancias que hoy son variables explicativas claves: el acierto en la construcción de una estructura de organización y acción adecuada, a partir de un elemento básico como fue la columna, compuesta por células con relaciones en teoría sólo verticales y no horizontales, y con los diferentes sectores operativos en el seno de cada una, lo que le permitió durante varios años superar los golpes represivos<sup>32</sup>; un importante grado de madurez de esas estructuras gracias a los años previos de preparación silenciosa y semi-clandestina; una

<sup>29</sup> «Reportaje al FER», en *Surcos*, n° 3, Montevideo, 10 de diciembre de 1971.

<sup>30</sup> Véase V. MARKARIAN, *El 68 uruguayo...*, *op. cit.*; E. REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya...*, *op. cit.*

<sup>31</sup> V. MARKARIAN, *El 68 uruguayo...*, *op. cit.*, p. 98.

<sup>32</sup> La organización tupamara ha sido descrita minuciosamente en E. REY TRISTÁN, *La izquierda revolucionaria uruguaya...*, *op. cit.*, p. 137-194.

metodología y un repertorio de acciones de violencia que podemos denominar «contenida», que puso de manifiesto durante cierto tiempo las vergüenzas del sistema y la clase política, ganándose la simpatía de muchos uruguayos sin resultar agresiva en sus modos y consecuencias colaterales; y por supuesto, un régimen que gestionaba la crisis económica, política y social con un enfoque poco sensible a las demandas ciudadanas, con un alto grado de represión y con un creciente abandono de las fórmulas de contención social y resolución políticamente dialogada de conflictos, que tan buenos resultados había dado al país desde hacía más de medio siglo.

Definitivamente, todos los elementos señalados fueron condiciones básicas para el temporal éxito movilizador del MLN-T, pero que necesitaron a su vez de una condición suficiente para que el grupo pudiese pasar de un grupúsculo conspirativo que todavía a mediados de 1968 no era ni de lejos la preocupación central de las autoridades políticas y de seguridad uruguayas, a ser no muchos meses después, avanzado 1969, una organización revolucionaria con capacidad para desafiar al régimen. Como se veía en 1972, en realidad no lo fue tanto, pues su desarticulación bajo el impulso represivo de las Fuerzas Armadas fue rápida; pero, desde luego, entre 1969 y comienzos de 1972 llegó a ser un actor político central que se enfrentó de tú a tú con el propio gobierno, poniéndolo en jaque en más de una ocasión con sus acciones imaginativas y efectistas (además de, en ocasiones, efectivas)<sup>33</sup>.

### A modo de conclusión

No cabe duda que la América Latina de los sesenta en general, y el Uruguay en particular, vivieron una transformación político-social notoria en cuyo origen ocupa un lugar destacado el éxito de la Revolución en Cuba. Su ejemplo de inicio, los

---

<sup>33</sup> Como ha puesto de relieve el análisis de la legislación represiva de aquellos años, ésta no revela la construcción del MLN-T y la subversión en general como enemigo principal del régimen hasta prácticamente 1970. Sobre el tema véase E. REY TRISTÁN, *op. cit.*, p. 37-47.

cambios en los imaginarios colectivos que generó, especialmente en ciertos sectores de izquierda, y las ideas que a partir de cierto momento difundió acerca de cómo avanzar por ciertas sendas de movilización, influyeron radicalmente en la aparición de numerosas organizaciones armadas a lo largo y ancho del continente en toda la década de los sesenta y siguientes. Muchos querían repetir la experiencia. Si Cuba lo había logrado a pesar de las difíciles condiciones que se le suponían para un proyecto de transformación social y política radical — férrea dictadura, apoyo norteamericano al régimen, proximidad a este país —, por qué no otros países, bien por compartir condiciones similares, bien por tener otras que en algunos aspectos incluso podían ser más propicias.

Ya sabemos de las múltiples iniciativas que quisieron emular la gesta cubana y sus continuados fracasos a lo largo de la década. En Uruguay la expresión de aquellas ideas y propuestas la encabezó el MLN-Tupamaros desde 1963-1966. Esta organización nació con un fuerte componente innovador respecto a sus precedentes en otros países de la región, y abrió, podemos decir, la etapa de las organizaciones armadas con actuación preeminente en el ámbito urbano. Pero a priori, si las condiciones que se suponían óptimas para un éxito insurgente eran las que se podían dar en Cuba y en otros países con regímenes represivos y cerrados similares, contra los que se podía argumentar una lucha anti-dictatorial, nacionalista y antiimperialista que concitase las simpatías públicas, los aspirantes uruguayos a la Revolución tenían un problema: no era el caso de este país — como además les había hecho notar el propio Ernesto Guevara en su conferencia en la Universidad de La República en 1961, con motivo de su visita al país para participar en el Consejo Interamericano Económico y Social (CIES).

No nos parece relevante discutir si la lucha era viable en el Uruguay o por qué un grupo de jóvenes política y socialmente motivados intentó llevarla a la práctica. Fue una decisión tomada de modo consciente y razonada en el medio plazo, como se ha explicado. Lo relevante, y ahí sí centramos nuestra reflexión, es por qué aquel grupúsculo, que hasta 1968 hemos calificado de «conspirativo», a partir de cierto

momento logra tener la capacidad suficiente para ser una organización revolucionaria desafiante y peligrosa para la institucionalidad vigente.

La clave, creemos, está en su crecimiento a partir de un contexto político y social de extrema conflictividad y polarización. Y el momento central para comprender esto es la movilización estudiantil de 1968. Ésta, que como hemos visto nació por cuestiones sin trasfondo político determinado, degeneró en un enfrentamiento grave a partir de una mala gestión de las autoridades y de un ciclo específico de acción-represión, alimentado tanto por ambos actores como por el marco coyuntural y cultural en el que se desarrolló.

El cierre de oportunidades políticas que comenzaban a percibir muchos militantes, las limitaciones sistémicas en plena crisis económica y política en la segunda mitad de los sesenta que apuntaban a lo que en ciertas teorías sociológicas utilizadas para explicar la crisis y movilización se ha denominado privación relativa, y por supuesto la respuesta represiva del gobierno de Pacheco Areco, en consonancia con su línea política y económica de liquidación final del estado batllista del bienestar del medio siglo anterior, han sido argumentos explicativos que se han manejado para comprender el giro de la movilización estudiantil y de otros sectores de la sociedad uruguaya. Estos, desde fines de 1968, serían quienes se incorporasen progresivamente a las filas de la insurgencia tupamara y le permitirían dar el salto que la colocó en el primer plano nacional en los siguientes años.

No cabe duda de que todos estos elementos, que la historiografía existente ya ha analizado y demostrado en mayor o menor medida, más allá de ciertos matices y debates, son necesarios para comprender el Uruguay de la época y el desarrollo del MLN-Tupamaros. Pero en esta ocasión hemos querido apuntar, y sólo muy superficialmente comenzar a indagar pues ni el espacio ni las condiciones lo permitían ahora en torno a otro elemento que estimamos crucial en futuras investigaciones: las motivaciones. Todos los factores señalados anteriormente, que podemos considerar incluso «objetivos», necesitan un complemento para pasar de



ser necesarios a suficientes en la explicación del proceso: el por qué de modo racional los jóvenes uruguayos principal pero no exclusivamente dieron el paso hacia la militancia armada y clandestina.

Una frase muy recurrida en la época, que encontramos desde Montevideo a Ciudad de México, entre otras<sup>34</sup>, era «a la vuelta de la esquina», que simbolizaba el camino que pensaban debían recorrer para lograr una transformación social radical, más allá de la vaga definición de ésta o lo que significase para cada uno de ellos. Bastaba con organizarse y empujar, luchar y arriesgar, para lograrlo más pronto que tarde. Cuba así lo había conseguido y explicado. Y la contracultura que se generalizaba en aquellos años fomentaba lecturas similares, en donde el mundo parecía ser de los jóvenes, un mundo que debían construir a su modo para superar el que heredaban de sus mayores<sup>35</sup>. Vivían un mundo que entendían en transformación, y no sólo en las calles de Montevideo, también en las de París, de México o de tantas otras ciudades occidentales (y alguna tras el telón de acero, caso de Praga). Sumémosle el ejemplo cubano, el martirio de Guevara pocos meses atrás, la difusión de sus ideas militantes, la efervescencia revolucionaria en parte de la juventud del continente, entre otros argumentos, y en ese marco comprendamos la expresión arriba señalada.

La militancia en una organización armada, al igual que en otras organizaciones políticas de izquierda en el Uruguay del momento, no era por tanto una decisión «no racional». Era plenamente racional en la lógica que vivían, estaba motivada. Y esa motivación, ese factor cultural y en parte psicológico, que es colectivo al tiempo que personal, ha sido el foco sobre el que hemos querido aportar una mínima reflexión, iniciadora sin duda, en este trabajo. No cabe duda que es un campo de

---

<sup>34</sup> Véanse parte de las respuestas que los estudiantes mexicanos dieron en su momento a la periodista y escritora Elena PONIATOVSKA, *La noche de Tlatelolco. Testimonio de historia oral*, México, Era, 1975. Su discurso no difiere en absoluto del que se encuentra en muchos jóvenes uruguayos entrevistados por Bañales y Jara, o que reflejan las obras citadas en las páginas precedentes en relación con su movilización.

<sup>35</sup> Sin que ello signifique que toda movilización juvenil en el momento nacía opuesta a la de sus padres o con un conflicto generacional de fondo. V. MARKARIAN, *op. cit.*, ya ha observado que no era el caso en la movilización juvenil uruguaya.

futuro, y que si queremos acabar de comprender las trayectorias de las movilizaciones revolucionarias en América Latina en el marco de la tercera oleada, deberemos incorporarla a nuestros futuros estudios. Tampoco es novedosa, si bien no ha estado presente en la mayor parte de la producción sobre el tema en las últimas décadas, más centradas en los factores estructurales y organizacionales. Algunas teorías relacionadas con el estudio de las movilizaciones en los setenta ya se planteaban la cuestión. Posiblemente el trabajo que mejor lo simbolice, que sigue siendo de interés hasta hoy, sea el de Ted Gurr, con cuyo título queremos dejar abierto este artículo: *Why Men Rebel*<sup>36</sup>? Una pregunta que simboliza más un punto de partida que una conclusión de llegada.

---

<sup>36</sup> Ted R. GURR, *Why Men Rebel*, Princeton, Princeton University Press, 1970.